



Isaac Asimov

Historia
Universal

La formación de América del Norte



La serie informalmente titulada *Historia Universal Asimov* reúne las obras dedicadas por el gran novelista y divulgador científico a la evolución política, cultural y material de la humanidad.

La formación de América del Norte —Desde los tiempos primitivos hasta 1763—, primero de los cuatro volúmenes dedicados específicamente a este territorio, estudia las distintas culturas precolombinas que lo ocuparon, los diversos descubrimientos llevados a cabo en este nuevo mundo por los exploradores europeos y, por último, la colonización del mismo hasta las vísperas de la guerra de independencia estadounidense.

A Les y Chaucy Bennetts,
Por su cálida hospitalidad y amistad.

1. Antes De Colón

Los indios.

La humanidad, muy probablemente, tuvo su origen en África. Los más antiguos rastros de «homínidos» (seres que se asemejan al hombre en sus características más que cualquier otra forma de vida) han sido hallados en África. Los más cercanos parientes del hombre en el reino animal, el chimpancé y el gorila, sólo se encuentran aún en África, excepto casos individuales que han sido llevados a otras partes por mediación humana.

Durante el par de millones de años de existencia de los homínidos, éstos se expandieron por ámbitos cada vez mayores, pero siempre estuvieron limitados a regiones que podían alcanzar sin atravesar una gran masa de agua. Todos los fósiles de los primeros homínidos que son distintivamente más primitivos que el hombre moderno sólo se han encontrado en África, Europa y Asia, las tres masas terrestres contiguas que constituyen lo que a veces recibe el nombre de la Isla del Mundo. También pueden hallarse vestigios en las islas situadas frente a las costas de esos continentes.

Todavía hace veinticinco mil años, cuando todos los homínidos primitivos habían desaparecido y sólo existía una especie, el *Homo sapiens*, u hombre moderno, la humanidad aún se hallaba confinada a la Isla del Mundo. Los continentes americanos, aislados, más allá del Atlántico, de una

parte de la Isla del Mundo y, más allá del Pacífico, de la otra parte, aún estaban vacíos de hombres. Ningún vestigio de homínidos más primitivos que el hombre se ha encontrado nunca en ninguna parte de las Américas.

Pero hay un lugar en el que los continentes americanos se acercan a la Isla del Mundo, y ese lugar es la región del extremo septentrional del Pacífico. Allí la punta noroccidental de América del Norte y la punta nororiental de Asia se acercan y están a corta distancia una de otra. Los dos continentes están separados hoy por un estrecho que no tiene más de 90 kilómetros de ancho; también hay, a mitad de camino, un par de islas pequeñas.

Ha habido tiempos en que el estrecho era aun menor. A lo largo de toda la historia de los homínidos ha habido una sucesión de períodos glaciales durante los cuales las regiones polares de la Tierra estuvieron cubiertas por vastos casquetes de hielo que se extendían sobre miles de kilómetros desde los polos en todas las direcciones. Durante esos períodos, era tanta la cantidad de agua del planeta acumulada en grandes masas de hielo que cubrían las superficies terrestres que el nivel del océano descendió considerablemente.

A medida que el nivel del océano descendió, el estrecho entre Asia y América del Norte se hizo menor y, finalmente, desapareció, dejando un puente de tierra entre los continentes.

El último período de glaciación se extendió desde unos treinta mil años hasta hace unos diez mil años. En su punto culminante, el nivel del océano descendió hasta dejar un puente terrestre de 2.100 kilómetros entre Asia y Norteamérica. Cuando los glaciares empezaron a retirarse, el nivel del océano empezó a elevarse; pero los continentes no se separaron completamente, quizá, hasta alrededor del 7000 a. C.

Durante la última glaciación, el *Homo sapiens* fue el homínido dominante, probablemente el único que quedaba, y

ciertamente superaba en número a todos los homínidos que existieron en cualquier glaciación anterior. Por primera vez, quizá, los homínidos penetraron en los tramos nororientales de Asia.

Las glaciaciones fueron más extensas en el lado atlántico del Polo Norte que en el lado del Pacífico. La Siberia nororiental y Alaska estuvieron relativamente libres de hielos. El clima no era en modo alguno agradable, pero pequeñas bandas de hombres podían mantenerse como cazadores de mamuts y otros grandes animales de la época.

Luego, tal vez alrededor del 25000 a. C., algún grupo cazador que seguía las pistas de los mamuts se abrió camino por el estrecho. En realidad, es difícil saber el momento exacto en que esto ocurrió o conocer los detalles del suceso, a causa de los pocos vestigios que dejaron los primeros inmigrantes. Casi no hay restos de esqueletos: hasta ahora, sólo se han hallado en los continentes americanos unos veinte cráneos antiguos. La mayor parte de los datos concernientes a la población primitiva son antiguas cabezas de flecha de piedra y otras reliquias de este género. Y quizá los más antiguos y mejores elementos de juicio se hallan ahora bajo el agua, enterrados cuando el nivel del océano se elevó al fundirse los glaciares.

Otros grupos de caza siguieron al primero. Los que entraron en Alaska se dirigieron al Sur y al Sudeste, siempre en busca de más y mejor caza. Grupos adicionales siguieron sus huellas, mientras permaneció abierto el puente terrestre entre los continentes. Durante miles de años, los cazadores se expandieron y, hacia el 8000 a. C., cuando los glaciares iniciaron su última retirada, el hombre se había abierto camino por todos los rincones apropiados de los continentes americanos, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur.

Esos primeros habitantes de las Américas presentan ciertas semejanzas con los habitantes de Asia Oriental, a juzgar por sus actuales descendientes de ambos continen-

tes. Pero la semejanza no es completa. Los americanos originales (a quienes llamamos «indios» por razones que explicaremos más adelante) no tienen la forma de párpados o el rostro más bien plano de los asiáticos orientales. Los indios tienen narices prominentes y su piel parece, en general, más rojiza que la de los asiáticos orientales, más bien cetrinos^[1].

Por la época en que los indios se expandieron por las Américas, la agricultura estaba empezando en el sudoeste de Asia y se daban los primeros pasos hacia lo que llamamos «civilización»^[2]. Los habitantes de las Américas, hasta donde llega nuestro conocimiento, estaban aislados de esos procesos. No tuvieron ocasión de comerciar con regiones civilizadas y de aprender de ellas, como los primeros habitantes de Europa occidental, por ejemplo.

Sin embargo, esto no significa que los indios permanecieran sumergidos en las tinieblas. Descubrieron la agricultura de forma independiente. Alrededor del 5000 a. C., los comienzos de la agricultura aparecieron en la tierra que hoy llamamos México; hacia el 3000 a. C., los indios mexicanos habían desarrollado una cultura agrícola completa. Alrededor del 2000 a. C., hicieron su mayor y más importante avance cuando aprendieron a cultivar maíz, que fue luego su alimento vegetal básico. Hacia el 1000 a. C., cultivaban judías.

A medida que la agricultura se desarrolló y la provisión de alimentos se hizo más segura, fue posible apartar energías humanas de la tarea de asegurarse lo esencial para la vida y dedicarlas a esas actividades adicionales que constituyen la civilización. Hacia el 1500 a. C., había templos y ciudades en México.

Y las civilizaciones indias no fueron insignificantes. Cuando en 1519 d. C. los europeos llegaron a México, hallaron que su capital, Tenochtitlan (donde está la actual Ciudad de México), era más grande de lo que eran París o Ro-

ma en aquel entonces. Encontraron que los indios mexicanos tenían un calendario mejor que el de los europeos, y también un sistema sanitario público mejor. (Los indios pensaban que los europeos olían mal, y dejaron bien en claro que pensaban así, lo cual, naturalmente, ofendió a los europeos).

La agricultura se expandió desde México y, hacia el 1000 a. C., estaba empezando a penetrar en las regiones que hoy forman parte de los Estados Unidos. Los indios del Valle del Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México, crearon aldeas y se acercaron a lo que podríamos llamar civilización. Los más claros rastros que tenemos de ese período primitivo son sus túmulos funerarios. Éstos formaban círculos, elipses, cuadrados, octógonos, etcétera, y a veces tenían 25 metros de alto y cubrían 25 y hasta 50 acres. En ocasiones, los túmulos tenían formas complejas, que representaban claramente a un animal o un ave.

Lamentablemente, hubo un retroceso cultural en tiempos posteriores, quizás a causa de las incesantes guerras tribales que padecían los indios, y cuando los europeos aparecieron en la región, la cultura de los túmulos había desaparecido. En el siglo XIX se pensó que los túmulos correspondían a una cultura de «Constructores de Túmulos» que no estaba relacionada con los indios. Esto dio origen a muchas especulaciones extravagantes sobre inmigraciones pre-indias a América desde Europa, pero todas ellas han sido abandonadas. Parece ahora totalmente seguro que los Constructores de Túmulos eran indios.

Otro tipo de cultura semejante a una civilización apareció en el actual sudoeste norteamericano. Los indios de esa región construyeron complejos edificios con ladrillos secados al sol. Uno de tales «pueblos», en lo que es ahora Nuevo México, tenía un edificio de cuatro pisos, con 800 habitaciones, y alojaba a 1.200 personas. Fue construido alrededor del año 1000 d. C. y abandonado antes del 1300 d.

C., probablemente porque la creciente sequía de la región hacía imposible sustentar a tal concentración de personas.

No obstante, pese a sus elevados niveles de civilización o cercanos a la civilización, los indios no podrían hacer frente a los europeos, quienes tenían mayor unidad cohesiva, un arte de la guerra más desarrollado y, sobre todo, tenían armas de fuego.

Es difícil saber cuántos indios había en las Américas por el tiempo en que llegaron los europeos. Algunas estimaciones hacen elevar el total a 25 millones. De éstos, quizás un millón habitaba al norte del río Grande. (Es revelador de la catástrofe que sufrieron los indios el hecho de que hoy, cinco siglos más tarde, cuando la población total al norte del río Grande es de más de 220 millones, la población india total es de sólo 700.000).

Los griegos y los fenicios.

El verdadero descubrimiento de América se produjo cuando esas primeras bandas de cazadores llegaron de Siberia, hace veinticinco mil años. Pero parece que esto nunca se toma en cuenta. Cuando la gente habla del «descubrimiento de América», invariablemente se quiere significar su descubrimiento por los europeos.

La tentación a hacerlo surge, no sólo de una tendencia natural de la gente a considerar su propia historia como de primera importancia, sino también del hecho de que sólo después del descubrimiento de las Américas por los europeos hubo una historia documentada de estos continentes. Prácticamente no conocemos detalles concernientes a la historia india anterior a la llegada de los europeos, y sin esos detalles es fácil ser bastante injustos como para descartar totalmente la historia india, y con ella a los indios.

Pero aunque restrinjamos el descubrimiento de América a la primera aparición de europeos en su suelo, aún que-

dan por responder algunas preguntas. ¿Cuándo se produjo esa primera aparición? La respuesta habitual es que se produjo con el viaje del osado navegante Cristóbal Colón, y, ciertamente, desde esa época, los europeos han estado continuamente en las Américas.

Pero ¿hubo viajes antes de Colón? ¿Hubo descubrimientos que han sido olvidados?

Si nos remontamos hacia atrás en la historia de la civilización, hallamos leyendas que hablan de misteriosas tierras situadas en el lejano Oeste. Es posible imaginar que estas leyendas reflejan brumosos recuerdos de algún desembarco en América. Los antiguos griegos, por ejemplo, ya en época de Hesíodo, que vivió en el siglo VIII a. C., hablaban de las «Islas de los Bienaventurados». Éstas eran descritas como una tierra de Utopía en las lejanas partes occidentales del océano, donde las almas de los héroes vivían eternamente.

Pero, sin duda, los griegos de la época de Hesíodo no pueden haber llegado a América. En verdad, estaban dedicados a aventuras de colonización, mas, para ellos, el horizonte del mundo conocido era el borde oriental del mar Negro, por una parte, y los tramos occidentales del mar Mediterráneo, por la otra.

Seguramente, había hombres que habían llegado mucho más allá del horizonte griego, muchos siglos antes de la época de Hesíodo. Hubo hombres que vivieron a lo largo de las costas atlánticas de Europa y de las costas del Pacífico en China. Pero ellos no cuentan, tampoco, y se ignoran sus descubrimientos de nuevas tierras. Cuando hablamos de un descubrimiento, habitualmente sólo cuentan los miembros de nuestra vieja civilización occidental.

Así, cuando hablamos del descubrimiento del océano Atlántico, no nos referimos a las primeras tribus de hombres que llegaron a la costa de lo que hoy es Francia, España y el África Occidental. Hablamos, en cambio, de barcos de alguna nación civilizada del Mediterráneo oriental que

pasaron por primera vez por el estrecho de Gibraltar para entrar en el océano abierto.

De acuerdo con esta línea de razonamiento, el Atlántico fue descubierto, con toda probabilidad, por los fenicios^[3], quienes fueron los más osados marinos del mundo antiguo. En fecha tan temprana como el 1100 a. C., según la tradición, barcos fenicios cruzaron el estrecho y fundaron un puesto comercial en el sitio de la moderna ciudad de Cádiz, ochenta kilómetros más allá.

Los fenicios exploraron las costas atlánticas de Europa y África y, hacia el 900 a. C., quizá llegaron tan al Norte como la isla de Britania. La península de Cornualles y las Islas Scilly, frente a la punta de esta península, quizá hayan sido las «Islas del Estaño» de la Antigüedad, y las fuentes del estaño, tan necesario para la elaboración del bronce.

Abriéndose camino por la costa africana hacia el Sur, los fenicios descubrieron las Islas Canarias, como se las llama ahora, a unos cien kilómetros frente a la costa de lo que es hoy el sur de Marruecos. Fue tal vez la existencia de las islas Canarias de la que oyeron hablar los griegos de tiempos de Hesíodo de un modo vago y brumoso, y quizás ellas dieron origen a la leyenda de las «Islas de los Bienaventurados».

Pero el viaje más notable de los fenicios tuvo lugar en el 600 a. C. Pagada por un monarca egipcio, una flota fenicia pasó tres años circunnavegando el continente africano. La única noticia que tenemos de este viaje proviene de un historiador griego, Heródoto, quien escribió su obra alrededor del 430 a. C.

Heródoto no creyó el relato de los viajeros fenicios porque éstos afirmaban que, en las regiones meridionales de África, el sol de mediodía aparecía en la región septentrional del cielo. Puesto que el sol de mediodía, cuando es contemplado desde cualquier tierra mediterránea, es visto siempre hacia el Sur, Heródoto pensó que esto debía ser

una ley invariable de la naturaleza y afirmó enfáticamente que la historia del viaje fenicio era una fábula.

Pero el extremo meridional de África se halla en la Zona Templada Meridional, y desde allí el sol de mediodía se ve siempre, en verdad, hacia el Norte. La mera circunstancia de que los fenicios describiesen este hecho aparentemente imposible nos dice que realmente llegaron hasta allí, y probablemente circunnavegaron, en efecto, África.

Y puede ser que algunos fenicios hayan hecho algo más sorprendente aun. Se suponía que una vieja inscripción descubierta en Brasil en 1872 estaba escrita en fenicio y hablaba de un barco al que las tempestades habían apartado de su flota, que efectuaba un viaje de circunnavegación. ¿Puede haber ocurrido esto? La distancia entre la parte más occidental de África y la parte más oriental de Brasil es de sólo 2.600 kilómetros: es la parte más estrecha del Atlántico. La inscripción fue rápidamente descartada como un fraude, pero en 1968 Cyrus H. Gordon, de la Universidad Brandeis, afirmó que tal vez fuese genuina.

Si lo es, la inscripción es testimonio del primer descubrimiento de las Américas por hombres civilizados del Cercano Oriente, dos mil años antes de Colón. Pero el descubrimiento fue accidental; las noticias de él nunca llegaron al mundo mediterráneo, por lo que no constituye un descubrimiento efectivo. No dio origen a otros viajes ni a un comercio o una colonización sistemáticos.

El primer griego que se aventuró realmente por el océano Atlántico fue Piteas de Massalia. Alrededor del 300 a. C., navegó por el estrecho de Gibraltar y luego hizo proa al Norte. Sus relatos, que no han sobrevivido directamente, pero nos han llegado por referencias de autores posteriores, parecen indicar que exploró la isla de Gran Bretaña y luego navegó hacia el Noroeste, a una tierra llamada «Tule», que posiblemente era Islandia o Noruega. Allí, la bruma detuvo al intrépido navegante, que volvió para explorar

las costas septentrionales de Europa y penetrar en el mar Báltico.

Si los griegos quedaron detrás de los fenicios en la práctica real de aventurarse en pleno océano, en cambio fueron más avanzados que ellos en la teoría. Los griegos fueron los primeros que tuvieron idea de la forma esférica de la Tierra, y uno de ellos, Eratóstenes de Cirene, hasta estimó su tamaño. Alrededor del 250 a. C., calculó que la circunferencia de la Tierra es de unos 40.000 kilómetros, cálculo muy correcto.

La idea de una Tierra esférica plantea automáticamente la posibilidad de navegar hacia el Oeste para llegar al Este (o a la inversa); en otras palabras, de circunnavegar el mundo.

Aunque la circunnavegación puede haber parecido teóricamente posible, quedaba en pie la cuestión de si era prácticamente posible. Podía haber inesperados peligros en las profundidades del océano. Las regiones tropicales podían ser demasiado cálidas para penetrar en ellas, y las regiones polares demasiado frías. Podía haber bajíos en los que quedasen varados los barcos que se aventurasen demasiado lejos, o corrientes que les impidieran retornar.

Además, estaba el mero hecho de la distancia. Si la Tierra tenía una circunferencia de 40.000 kilómetros y si la distancia desde España hasta las remotas regiones orientales de Asia era de 14.500 kilómetros (como es realmente), entonces, llegar al Asia Oriental navegando hacia el Oeste suponía atravesar 25.500 kilómetros, presumiblemente de océano ininterrumpido. Ningún barco de tiempos antiguos podía hacer ese viaje.

Claro que Eratóstenes podía estar equivocado. Otro geógrafo griego, Posidonio de Apamea, repitió el cálculo de Eratóstenes, alrededor del año 100 a. C., y llegó a la conclusión de que la Tierra sólo tenía 28.500 kilómetros de circunferencia. Estaba equivocado, pero su estimación fue más popular.

El más influyente geógrafo de la Antigüedad fue Claudio Tolomeo, quien en 130 d. C. escribió un libro que fue, durante quince siglos, la obra más importante sobre geografía y astronomía. Tolomeo adoptó para la circunferencia de la Tierra la cifra menor y la convirtió en «oficial». Más aun, calculó la extensión de tierra que había entre España y lo que hoy llamaríamos la costa de China en unos 19.000 kilómetros (cifra que contiene un exceso de 5.000 kilómetros).

Esto significa que la extensión de océano entre el oeste de Europa y el este de Asia quizás era sólo de unos 10.000 kilómetros. Aún era una distancia demasiado grande para que pudiese recorrerla cualquier barco de la época, pero sin duda brindaba más esperanzas que los 25.000 kilómetros anteriores.

Tal esperanza no sería puesta a prueba pronto. En tiempos de Tolomeo, las civilizaciones fenicia y griega habían decaído desde hacía siglos, y por mil años no volvería a haber marinos como los fenicios. En cambio, ahora el Imperio Romano dominaba todas las costas del Mediterráneo.

Los romanos se expandieron a lo largo y a lo ancho por tierra; surgieron ciudades romanas en África occidental, en España y en Britania. Pero no eran un pueblo marino y ningún romano pensó nunca en aventurarse muy lejos en el océano.

En verdad, después de que las provincias occidentales del Imperio Romano fueron ocupadas por tribus germánicas, en el siglo V, el conocimiento geográfico decayó en Europa Occidental. La nueva religión del Islam surgió en Arabia en el siglo VII y, en 730 d. C., todo el norte de África y hasta España estaban en manos de los musulmanes, como se llama a los creyentes del Islam. Los europeos occidentales quedaron aislados del Sur y el Este, y tanto África como Asia se perdieron en el mito y la leyenda.

Los irlandeses y los vikingos.

Pero si quedaron aislados del Este y el Sur, nuevos horizontes apuntaron al Oeste y al Norte.

Irlanda, la isla que está al oeste de Gran Bretaña, nunca formó parte del Imperio Romano. Pero aunque el Imperio Romano decayó y los soldados romanos abandonaron Gran Bretaña para siempre, el cristianismo llegó a Irlanda. En el siglo VI, el cristianismo de Irlanda, algo aislado del continente, que estaba en el caos, empezó a adquirir formas distintas y a crear fuertes comunidades de monjes que conservaron el saber en un nivel sorprendentemente elevado.

Buscando con ansia el aislamiento, quizás, para estar más cerca de Dios, los monjes viajaron por el océano en sus pequeñas barcas, hallando y colonizando las islas rocosas que se extienden por los tramos septentrionales de las Islas Británicas.

Uno de tales marinos fue San Brendan, quien, alrededor del 550, navegó hacia el Norte y exploró las islas de la costa escocesa, las Hébridas al Oeste y las Islas Shetland al Norte. Quizá llegó también a las Islas Feroe, que están a unos 400 kilómetros al norte del extremo de Gran Bretaña. Desde allí, otros 500 kilómetros al Noroeste le habrían llevado a Islandia, y tampoco esto se halla fuera del ámbito de lo posible.

Sus osados viajes fueron recordados mucho después de su muerte y, en la repetición, se aumentaron mucho sus hazañas. Alrededor del 800 se escribió una narración de sus viajes que era indudablemente ficticia, pero constituía un relato bien escrito e interesante que alcanzó popularidad. Por entonces, monjes irlandeses habían llegado a Islandia, y la existencia de ésta prestó plausibilidad a toda la narración.